

CONCIERTO DE APERTURA
DEL AÑO JUBILAR

POR EL

V CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE

SAN FELIPE NERI

DEL 25 DE MAYO DEL 2015 AL 26 DE MAYO DEL 2016

Congregación del Oratorio de San Felipe Neri

30 de mayo del 2015

Iglesia de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

EVOCACIÓN
DE SAN FELIPE NERI

CORAL POLIFÓNICA
DE CUBAS DE LA SAGRA

Directora:
MÓNICA GARCÍA-POZUELO
SÁNCHEZ

Textos:
P. Enrique Santayana Lozano C.O.

I. *Dona nobis pacem*, de Mozart

Dona nobis pacem

Danos la paz

Hemos comenzado escuchando un canon de Mozart que repite, como una letanía, esta petición a Dios: «**Danos la paz**». Solo Dios puede regalar paz al corazón del hombre. Solo en este don el hombre encuentra reposo y un punto de firmeza a partir del cual afrontar el reto de la vida.

Hemos recibido el don de la vida y con ella el «precepto de la libertad». Queremos vivir y reconocemos en san Felipe Neri una vida llena de una belleza, de un amor, de una santidad y de una alegría que todos deseáramos para nosotros.

Danos la paz, Señor. Danos el don de tu presencia que da reposo y seguridad al corazón, que lo libera de sus angustias, lo engrandece para el amor verdadero y le hace capaz de afrontar el reto de la vida y de la libertad que tu nos has dado.

II.

San Felipe nació el 21 de julio de 1515.

No nació santo. Como todos los otros santos, llegó a la santidad por la gracia de Dios y por su propio mérito. Ya adulto, él solía repetir: «**No se hace santo uno en cuatro días**».

Según todos los testimonios, comenzó desde la niñez el camino de la santidad, por eso muy pronto fue llamado «*Pippo il buono*». En esa etapa donde se puede forjar ya el corazón de un hombre, tuvieron un papel destacadísimo los padres dominicos del convento de san Marcos, que él frecuentaba.

Muchos años después san Felipe dirá que todo lo bueno que tenía lo había recibido de ellos.

La Gracia de Dios, la propia libertad y el suelo, el sostén de la Madre Iglesia, que nos enseña a vivir... ¡Esos son los elementos que hacen santo a un hombre!

Como *Pippo, il buono*, nosotros somos llamados a la vida bienaventurada por Aquel que es Feliz; llamados al amor por Aquel que es comunión de amor, Santa Trinidad; llamados a la santidad de Dios por Aquel que es tres veces Santo.

Escuchamos un Santo, el canto de los ángeles, que en la visión de Isaías y en la visión del Apocalipsis exultan ante la santidad y la gloria de Dios. El mismo canto que nosotros entonamos en la Eucaristía, cuando el Santo de los Santos está a punto de hacerse presente de la forma más humilde entre nosotros. Con música de Rutter, unos cuatro minutos.

Sanctus, Una adaptación de la obra *Christmas Lullaby*, de J. Rutter

Sanctus, Sanctus, Sanctus,

Santo, Santo, Santo,

Dominus Deus, Sabaoth.

Señor Dios de los Ejércitos.

Pleni sunt coeli et terra gloria tua.

El cielo y la tierra están llenos de tu gloria.

Hosanna in excelsis.

¡Hosanna! en las Alturas.

Benedictus qui venit in nomine Domini

Bendito el que viene en nombre del Señor.

Hosanna in excelsis.

¡Hosanna! en las Alturas.

III.

El padre de san Felipe lo envía con 18 años con su tío a san Germán. La intención es que prospere con los negocios de su tío. San Germán está muy cerca de Montecassino, el gran monasterio fundado por san Benito. Allí recibe la influencia de la tradición de san Benito y de los Padres del Desierto, allí conoce la vida común y estable, que luego será determinante para la vida de la Congregación del Oratorio.

Allí conoce también el amor a Cristo crucificado. Desde entonces lleva consigo un crucificado sin cruz, al que se aferra con afecto.

Decide dejar a su tío, ir a Roma y consagrarse allí a Dios. Su tío quiere retenerle, pero la decisión de un jovencísimo Felipe está tomada: a Dios no se le puede hacer esperar. Parte para Roma en 1534.

Tocado ya en su corazón por el amor de Cristo crucificado, parte como un peregrino del amor divino hacia la Ciudad Eterna. Escuchamos una pieza que habla de esta peregrinación que es uno de los elementos siempre presentes en la vida de fe. *Errante soy*, de Venera. No llega a tres minutos.

Errante soy, de R. F. Venera

*Errante soy y peregrino,
Como un extraño por doquier
Espero que el amor divino
Consuelo y paz me va a ofrecer.
Confiado voy a la morada
Donde esta el Padre Creador
Al terminar esta jornada*

*Junto estaré a mi Salvador.
 Ya llego al fin de mi camino
 Ya siento próximo el Jordán
 Nada me inquieta en mi camino
 Que allí las penas quedaran
 Confiado voy a la morada
 La dulce madre encontraré
 Al terminar esta jornada
 En su regazo dormiré.*

IV.

En Roma comienza una vida de penitencia, silencio, oración, estudio y trabajo. Sobre todo de oración.

Persevera en esta vida durante unos diez años. Visita las catacumbas —entonces abandonadas— reza y duerme en las iglesias o en sus atrios y, sin salir de la Urbe, peregrina de una basílica a otra.

También visita hospitales y cuida a los enfermos. Se pasea por las calles y plazas, entra en los pequeños negocios y conversa con unos y otros, exhortándoles con ese atractivo humano que tenía: **«¿Cuándo vamos a empezar a ser buenos?»**

Pero hay que insistir: durante estos años, su vida se caracteriza por la oración, en lugares apartados, en soledad. La oración de Felipe responde a la búsqueda con la que Dios busca al hombre; la penitencia de Felipe responde al dolor de Dios por el pecado del hombre.

El canto que vamos a escuchar es un diálogo entre Dios y el hombre:

Dios, que expresa su dolor, como una queja, por el pecado, por la infidelidad: «¡Oh pueblo mío!, ¿qué mal te he hecho?» Son palabras tomadas del *Libro de las Lamentaciones*.

El hombre, por su parte, ante esta queja y ante el misterio de la Cruz, donde se pone de manifiesto toda la maldad del pecado y donde la queja de Dios resuena en su conciencia, reconoce la santidad de Dios y suplica perdón. El diálogo forma parte de los cantos de la liturgia del Viernes Santo.

La versión que vamos a escuchar es del compositor más importante que ha dado nuestro país, uno de los más grandes de toda la historia de la música e hijo espiritual de San Felipe: Tomás Luís de Victoria. Convivió siete años con san Felipe en Roma, cinco de ellos bajo el mismo techo, el de la iglesia de san *Girolamo della Carità*, de la que hablaremos enseguida.

La pieza forma parte de la obra maestra de Tomás Luis de Victoria, el *Oficio de Semana Santa*, publicado en Roma en 1585.

Popule meus, de Tomás Luís de Victoria

[Dios:]

Popule meus, quid te feci tibi?

Oh pueblo mío, ¿qué mal te he hecho?

aut in quo contristavite? Responde mihi.

¿En qué te he ofendido? ¡Respóndeme!

[El hombre:]

Hagios o Theos. Sanctus Deus.

¡Santo Dios! ¡Santo Dios!

Hagios ischyros. Sanctus fortis.

¡Santo fuerte! ¡Santo Fuerte!

Hagios athanatos, eleison imas.

¡Santo inmortal! ¡Ten misericordia de nosotros!

Sanctus et immortalis, miserere nobis.

¡Santo inmortal! ¡Ten misericordia de nosotros!

V.

Los diez años de oración desembocan en un acontecimiento decisivo. En Pentecostés del año 1544, en la soledad de la Catacumba de san Sebastián —entonces abandonada y, en gran medida, refugio de fugitivos—, Felipe pide intensamente a Dios el don del Espíritu Santo y es escuchado.

Es un hecho sobrenatural del que nunca hablará: «*Secretum meum mihi*», «Mi secreto para mí». Aunque nunca querrá hablar de ello, el milagro marcó para siempre su cuerpo y su alma. En su espíritu dejará una huella del amor de Dios que se hará evidente para todo el que se acerque a él. Como evidente será también la marca que deje en su cuerpo: su corazón se agranda hasta romper las costillas y provocarle en toda circunstancia y hasta el fin de su vida un intenso calor.

La alegría formaba parte del carácter de san Felipe. No dejó de ser alegre en los años de soledad y penitencia. Pero el don sobrenatural del Espíritu Santo vivificará, alentará y acrecentará esta alegría y hará de ella el don especial, el don personal de san Felipe.

Con esta alegría inexplicable, que tenía su origen en el don del Espíritu Santo, por lo tanto, en la intimidad con Cristo san Felipe atraía a los hombres a su compañía y transformaba la vida cotidiana en un canto de júbilo a Dios. Es lo que queremos expresar con la próxima pieza, que aclama a Cristo como Rey: «Con cantos de júbilo salmodiad al gran Rey. Que esta música resuene tanto en la tierra como en el firmamento»; esta es la letra. La música es de Haendel.

Canticorum Iubilo, de Haendel

Canticorum Iubilo,

Con cantos de júbilo

Regi Magno psallite.

Salmodiad al Gran Rey

Jam resultent musica,

Que esta música resuene

unda tellus, sidera.

Tanto en la tierra como en el firmamento

Per sonantes organis,

Con instrumentos sonoros

jubilate, plaudite

festejadle, alabadle.

VI.

A partir de ese momento, Felipe, laico, sin ninguna consagración pública, se vuelca hacia los hombres. El amor le urge y comienza una vida incansable de cuidado de enfermos y de atención espiritual. Así hasta que se ordena sacerdote el 23 de mayo de 1551. Tiene 36 años.

Entonces comienza a vivir en S. Girolamo della Carità, San Jerónimo de la Caridad, que será su «nido» durante 37 años y donde se iniciarán los ejercicios del Oratorio.

Comienza, por decirlo así, su servicio público a Cristo. Escuchamos una adaptación de una famosa obra de Sibelius. La adaptación nos habla del servicio a Cristo, el servicio del hombre que ha rendido el corazón al amor de su Señor: «Cristo Señor... mi gran anhelo es servirte a ti, oh Salvador. Quiero amarte siempre y seguir tus pasos. Rindo mi ser a ti,

mi Redentor. Cristo Señor, dame tu gran amor». Unos cuatro minutos.

Cristo, Señor, Adaptación de la obra *Findlandia*, de Sibelius

Cristo Señor, mi Dios y Salvador,
mi gran anhelo es servirte a ti
Oh Salvador, yo quiero siempre amarte
y en tus pasos quiero yo seguir.
Rindo mi ser a ti, mi Redentor.
Cristo Señor dame tu gran amor.

Cristo yo quiero que me limpies tú
y quites todo mi pecado y mal.
Tu siervo siempre anhelo ser, Señor,
y en tus manos quiero siempre estar.
Rindo mi ser a ti mi Redentor,
acepta hoy mi vida y mi amor.

Cristo Señor, mi apoyo en el pasado,
mi esperanza en años que vendrán
Defensa mía sé en esta vida,
sé tú mi paz por la eternidad,
Rindo mi ser a ti mi Redentor,
confío en ti, oh Cristo mi Señor.

VII.

La vida sacerdotal de san Felipe está marcada desde el principio por el servicio a la confesión. El servicio al sacramento de la confesión marcará cada uno de sus días, hasta la muerte. Según Bacci, uno de sus biógrafos: **«Desde el amanecer se sentaba en el confesionario; de vez en cuando caminaba por la Iglesia, rezaba el Rosario, leía y estaba siempre disponible»**

Vamos a escuchar ahora una música de otro de los grandes de la música, de Palestrina, que también conoció a san Felipe y tuvo cierta cercanía al Oratorio. Aunque no parece que él llegase a formar parte del grupo del padre Filippo, su música sí se escuchó en el Oratorio.

La letra corresponde a las palabras de un salmo que bien podríamos poner en boca de los innumerables penitentes que se acercaban hasta el confesionario del padre Felipe.

Son palabras que podemos seguir haciendo nuestras, implorando que la luz del amor de Dios no nos abandone en la oscuridad de nuestro pecado, sino que nos rescate de ella.

Escuchamos, de Giovanni Pierluigi da Palestrina, *Illumina oculos meos*: «Da luz a mis ojos, que no duerma yo el sueño de la muerte». Muy breve, algo más de un minuto.

Illumina oculos meos —Psl 12 (13),4—, G. P. da Palestrina

Illumina oculos meos

Ilumina mis ojos.

Ne umquam abdormiam in morte

¡Que no me duerma en la muerte!

VIII.

De los encuentros reiterados en el confesionario, del trato verdaderamente paterno que allí dispensaba san Felipe a los penitentes, nacerá de forma espontanea, la obra original de san Felipe: el Oratorio.

Un ejercicio cotidiano que consistía en escuchar y comentar de forma sencilla la Palabra de Dios, en un ambiente familiar. Todo comenzó sin un plan previo, con un pequeño grupo, en la propia habitación del padre Felipe.

Pero esta familiaridad implicaba, si se mira bien, que aquel sacerdote jovial quedaba desde ese momento absolutamente expropiado de cualquier forma de vida privada. Sus hijos le expropiaron y él dejó amorosamente que así fuera. Este es el verdadero método del apostolado de san Felipe.

Y junto a las prácticas cotidianas del Oratorio, san Felipe recorría las calles y las colinas de Roma acompañado de los suyos. Así surgió también la festiva y famosa visita a las Siete Iglesias y el Oratorio Musical.

Una vida nueva y alegre empezaba a recorrer las calles de Roma y a transformarla.

Vamos a escuchar ahora una canción popular alemana, con música de Johannes Brahms. Es una canción de amor humano, un diálogo entre dos amantes. Una delicadísima música que envuelve una letra triste, porque da cuenta del límite que experimenta el amor humano, de la incomprensión a la que muchas veces se ve abocado y del dolor que eso produce, aunque se exprese de forma tan delicada, como no queriendo reprochar nada.

Cuando este amor humano, triste en su imperfección, entre en el caudal del amor de Dios se transformará. Sin dejar de ser lo que es, verdaderamente humano, podrá aspirar a

superar todo el daño del pecado, toda incomprensión. La melancolía da paso entonces a la alegría de un amor que es sostenido por el amor de Dios y que tiene como horizonte la eternidad.

Esto es lo que hizo san Felipe en Roma: abrió en medio de la ciudad una puerta al amor divino que poco a poco inundó y transformó la Urbe. Algo más de minuto y medio, el precioso *lieder* alemán con música de Brahms: *Da Unten im tale*, «En el Fondo del Valle».

Da unten im tale

—En el fondo del valle—, de J. Brahms

A) *Da unten im Tale*

| | |
|------------------------------------|-----------------------|
| | En el fondo del valle |
| <i>läuft's Wasser so trüb</i> | |
| | el agua corre turbia, |
| <i>und i kann dir's nit sagen,</i> | |
| | y no te puedo decir, |
| <i>i hab' di so lieb</i> | |
| | cuánto te amo. |

B) *Sprichst allweil von Lieb',*

| | |
|------------------------------------|---------------------------------|
| | Tú siempre me hablas de amor, |
| <i>sprichst allweil von Treu',</i> | |
| | siempre me hablas de fidelidad, |
| <i>und a bissele Falschheit</i> | |
| | y un poco de falsedad |
| <i>is auch wohl dabei!</i> | |
| | hay en ello. |

A) *Und wenn i dir's zehnmal sag',*
Y si yo te digo diez veces
dass i di lieb,
que te amo
und du willst nit versteh'n,
y tú no atiendes,
muss i halt weiter geh'n.
me tendré que marchar

B) *Für die Zeit, wo du g'liebt mi hast,*
Por el tiempo que me amaste
dank i dir schön,
te doy las gracias,
und i wünsch' dass dir's anderswo
y te deseo que en otro lugar
besser mag geh'n
te vaya mejor.

IX.

Cierto que san Felipe era de natural alegre, pero hubiera decaído en su alegría de no haber encontrado la fuente de la verdadera dicha. Tanto con los dominicos de san Marcos como con los benedictinos de Montecassino, aprendió que el centro de la vida cristiana es Cristo. El don sobrenatural del Espíritu Santo no será sino un ahondar en la intimidad con Cristo. Él es el centro siempre presente de su alma. Tiene un «amor inmoderado por Cristo» (Giovanni Papini). De forma continua san Felipe vuelve su corazón hacia Cristo, con aquellas palabras tan expresivas de quien no puede dejar de nombrar a Aquel a quien ama y al que quiere tener cada vez más y más

en su memoria, en su inteligencia, en su corazón: «*Gesù, sii per me Gesù*», «**Jesús, sé tú para mí Jesús**».

Jesús es la fuente de su alegría desbordante. Vamos a escuchar una pequeña pieza de BACH. Forma parte de una obra mayor, la cantata BWV 147, seguramente la hayáis escuchado muchas veces, sin conocer su letra. Su título en castellano es «Jesús, alegría de los hombres». «Jesús es mi alegría, consuelo y bálsamo de mi corazón... Jesús es el gozo y el sol de mis ojos, el tesoro y la delicia de mi alma, por eso no quiero a Jesús fuera de mi corazón y de mi mirada»

San Felipe encontró en Jesús la fuente inagotable de la alegría. Esta es su gran herencia para nosotros. Johan Sebastian Bach, unos tres minutos.

Jesus bleibet meine Freude, J. S. Bach

Jesus bleibet meine Freude,

Jesús sigue siendo mi alegría,

meines Herzens Trost und Saft,

consuelo y bálsamo de mi corazón,

Jesus wehret allem Leide,

Jesús me defiende de toda pena

er ist meines Lebens Kraft,

Él es la fuerza de mi vida

meiner Augen Lust und Sonne,

el gozo y el sol de mis ojos,

meiner Seele Schatz und Wonne;

el tesoro y la delicia de mi alma;

darum lass' ich Jesum nicht

por eso no quiero a Jesús

aus dem Herzen und Gesicht.

fuera de mi corazón y de mi mirada.

X.

San Felipe se convirtió en un verdadero padre para los que le frecuentaban y gustaban de estar detrás de él. Al tiempo que crecía su afecto filial por Felipe, crecía también el afecto fraterno entre ellos. Así pudo surgir, sin proponérselo, una comunidad de hombres que fueron ordenados sacerdotes y que pronto constituirían «la Congregación del Oratorio». Muchos de aquellos eran jóvenes prometedores, de importantes familias. De una forma u otra, todos quedaron subyugados y unidos entre sí por el afecto paternal de Felipe y por su amor a Cristo.

Para siempre se grabó en sus almas aquellas palabras que repetía con pequeñas variaciones el padre Felipe: **«Quien quiere otra cosa que Cristo no sabe lo que quiere, y quién pide otra cosa distinta de Cristo no sabe lo que pide. Vanidad de vanidades. Todo es vanidad, si no es Cristo»**. Felipe unió con su cuidado paterno a aquellos hombres, los unió a sí mismo y los unió a la relación que él mantenía con Jesús, su verdadero centro.

Escuchamos una pieza de Mozart, “*Ave verum corpus*”, que lleva nuestro pensamiento hasta esta humanidad verdadera de Jesús, donde Dios se nos da, y a su cuerpo eucarístico, donde Jesús se nos entrega.

«*Ave verum corpus, natum de Maria Virgine*». En español: «Salve, verdadero cuerpo, nacido de María Virgen, que verdaderamente padeció, inmolado en la cruz por el hombre, de cuyo costado traspasado manó agua y sangre. Déjanos degustarte en la hora de la muerte». Unos tres minutos, Wolfgang Amadeus Mozart

Ave verum Corpus, W.A. Mozart,

Ave verum corpus, natum

Salve verdadero cuerpo, nacido

de Maria virgine,

de María Virgen

vere passum, immolatum

que verdaderamente padeció, inmolado

in cruce pro homine,

en la cruz por el hombre,

cuius latus perforatum

de cuyo costado traspasado

fluxit aqua et sanguine,

manó agua y sangre.

esto nobis praegustatum

Que podamos preguartarte

in mortis examine.

en la hora de la muerte.

XI.

Casi sin que nadie lo advirtiese, Roma —al menos en parte, corrompida por el amor mundano y la vanidad— fue reformada en sus costumbres y en su alma no con una dura ascesis o con una predicación de carácter rigorista, sino con el atractivo de un hombre enamorado de Cristo y sumergido en su amor, que se acercó a ricos y pobres con una asombrosa libertad de espíritu.

Armado con esta libertad, despreciando cualquier formalismo, pero guiado por una increíble delicadeza y un afecto sincero, corrigió errores, defectos, pecados y vicios.

Muchas de las cosas que hacía tenían el propósito firme de alejar a los hombres del pecado. Con los jóvenes y los niños, Felipe conversa a gusto, canta y bromea, no duda en participar de sus juegos. Dirá: **«Hubiera dejado partir leña sobre mis espaldas, con tal que no pecasen».**

El padre Felipe consiguió alejar la tristeza y la oscuridad del pecado y elevó la vida cotidiana del hombre con la cercanía de Dios. Todos los negocios, las preocupaciones y los amores humanos se transformaban poco a poco desde el confesionario, la oración asidua, la celebración diaria de la misa y el trato familiar y sincero.

Tarugi, uno de sus hijos queridos, testificaba así en el proceso de canonización: **«Durante los últimos años del pontificado de Julio III recurrí al padre Felipe para confesarme con él y, desde entonces, ardía en mi corazón una llama que no se apagó. El pecado no era capaz de apagarla, y no cesaba de animarme hasta que por fin me abandoné en sus manos».**

El libro de los Hechos de los Apóstoles cuenta que, en los comienzos de la predicación apostólica, cuando el diácono Felipe llegó a Samaria y comenzó allí a predicar el Evangelio, la ciudad se llenó de alegría. En Roma, muchos siglos después, con Felipe Neri, pasó algo similar. Junto a los apóstoles Pedro y Pablo, Felipe se convirtió en el «Apóstol de Roma».

Vamos a escuchar otra pieza de Haendel: *«Laudate Dominum»*, «Cantad al Señor». Esta es brevísima. Se trata del salmo 117: «Alabad al Señor todas las naciones, alabad al Señor todos los pueblos»

Laudate Dominum, de G. F. Haendel

Laudate Dominum omnes gentes.

Alabad al Señor todas las naciones

Laudate Dominum omnes populi.

Alabad al Señor todos los pueblos.

XII

La vida común de los hijos de san Felipe que fueron ordenados sacerdotes comenzó en 1564, en san Juan de los Florentinos. Once años después, en 1575, fueron erigidos por el Papa como Congregación del Oratorio y les confió una iglesia que entonces era pequeña y ruinoso, *Santa Maria in Vallicella*, que después de las largas obras fue llamada «*La Chiesa Nuova*».

Sin embargo san Felipe siguió viviendo durante todo ese tiempo y hasta 1583 en San Jerónimo. Y, cuando por fin se trasladó con sus hijos, siguió pagando el alquiler de su estancia en san Jerónimo, a la que volvía con frecuencia, hasta que se hizo construir en la *Chiesa Nuova* un refugio al que poder retirarse para mirar el cielo.

El amor a Dios y a Jesús le hacían tender con los ojos y con el alma al cielo. A menudo expresaba su deseo de alcanzar aquella compañía definitiva en el cielo: «*Paradiso, paradiso*», repetía.

Quien se detenga a mirar la bóveda de la *Chiesa Nuova* contemplará allí representado el cielo con un cierto orden. En la cúpula central aparece la Trinidad: el Espíritu Santo en el plano del fondo y Jesucristo glorificado en conversación con Dios Padre. En un plano más bajo, en la bóveda del ábside,

está Santa María y, luego, entre otros santos, San Juan Bautista y San Felipe. Al contemplar este cielo y su orden uno no puede dejar de recordar aquella advertencia que san Felipe hacía a los suyos: «**Quien en esta vida no asciende a menudo con el pensamiento hasta el cielo, corre el riesgo grande de no alcanzarlo después de la muerte**». Uno no puede sino recordar el deseo que siempre inflamaba a san Felipe de alcanzar en el cielo su propio puesto, Y uno no puede sino preguntarse «¿Qué puesto ocuparé yo en este cielo?»

Con esta evocación del Paraíso escuchamos el canto del Aleluya, “Alabad a Dios”. Con la música de William Boyce, cerca de tres minutos

Alleluia, de William Boyce

XIII.

El 22 de mayo de 1595 el Padre Felipe parecía morir. Uno de sus hijos, el cardenal Federico Borromeo, le administró el viático. A las palabras del ritual «Señor, yo no soy digno de recibirte», el padre Felipe, con un vigor no acorde a un cuerpo moribundo, replicó en alta voz: «**¡Jamás! ¡Jamás he sido digno!**». Después de recibir el viático, volvió a repetir aquella idea cuya hija: «**Cristo mío, amor mío, todo es vanidad. Quien quiere otra cosa que no sea Cristo no sabe lo que quiere. Quien busca otra cosa que no sea Cristo, no sabe lo que busca**».

Al día siguiente mejoró, era la fiesta del Corpus Christi. Celebró misa y aún tuvo fuerzas para confesar a algunos.

Por fin, el padre Felipe Murió hacia las tres de la madrugada, en las primeras horas del 26 de mayo de 1595, con 80 años, amado por los suyos y por toda Roma.

Aun sabiendo lo inadecuadas que resultan siempre las imágenes de nuestro pensamiento, podemos imaginarnos la alegría inmensa de san Felipe acogido en el cielo por Santa María para conducirlo hasta Jesús. Ella que siempre veló por él y por su obra.

Y podemos terminar poniendo nuestro camino en manos de san Felipe y de Santa María. Padre San Felipe Neri, ruega por nosotros. Santa María, madre del Oratorio, ruega por nosotros.

Giulio Caccini pone música al *Ave Maria*. Son algo más de cuatro minutos

Ave Maria, de G. Caccini.

– FIN –